



EL SUPPLICIO DEL "ENTRE-DOS-MUERTES"

Jeannet Quiroz Bautista
Escuela de Psicología UMSNH
jeaquib@yahoo.com

Lacan en su seminario la ética del psicoanálisis "ANTÍGONA ENTRE-DOS-MUERTES", caracteriza una posición subjetiva singular a través de su lectura de la tragedia de Antígona. Allí designa dicha posición subjetiva como "Entre-Dos-Muertes". Se trata de un estado suspendido entre dos registros, como un estado excepcional del ser humano que puede ser producido en diferentes circunstancias.

Para poder comprender este estado es necesario remitirnos en un primer tiempo a la obra de Sófocles *Antígona* y de la cual Lacan hace un análisis, para así posteriormente poder anudar estos argumentos teóricos-literarios en el campo de la realidad a través de fragmentos de testimonios que aparecen en el libro de Norberto Moreno, los que nos darán luz de lo que consiste este suplicio del "Entre-Dos-Muertes".

La historia de Antígona comienza después de que sus hermanos: Eteocles y Polinices se enfrentan en una fatal guerra, uno defendiendo la ciudad y el otro atacándola. El funesto enfrentamiento entre dos hermanos, cuyo destino ha sido profetizado por su padre (del cual su propia maldición fue la de matar a su padre y desposar a su madre), resulta en la muerte de los hermanos a manos uno del otro, dejando gran pesar sobre la ciudad. Sin embargo, para uno de los hermanos, Polinices, la maldición continúa aún después de la muerte, ya que Creonte, el rey, decreta que se le entierre en deshonra y se dé de comer su cuerpo a los animales mientras que a Eteocles se le entierre con honores.

Y es en este momento donde comienza la tragedia de Antígona, al rebelarse contra esta imposición. Sófocles nos relata como se da el desarrollo de este desafío de Antígona ante la ley y el trágico final que una vez más desciende sobre la sangre de la familia de Edipo. Antígona se revela ante tal imposición, a pesar de las súplicas de apaciguamiento de su hermana Ismene, transgrediendo la ley al robarse el cuerpo de su hermano y darle sepultura. Acto seguido se enfrenta a Creonte y le confiesa su acto: "Sí, yo lo hice, y no lo niego... No creía yo que tus decretos tuvieran tanta fuerza como para permitir que

sólo un hombre pueda saltar por encima de las leyes no escritas, inmutables, de los dioses: su vigencia no es la de hoy ni la de ayer, sino de siempre" (Sófocles, 2003, p. 90).

Creonte, enojado ante esa revelación, hace enterrar viva a Antígona:

"La llevaré a un lugar que no conozca la pisada del hombre y viva la enterraré en un subterráneo de piedra, poniéndole comida, sólo la que baste para la expiación, a fin de que la ciudad quede sin mancha de sangre, enteramente. Y allí, que vaya con súplicas a Hades, el único dios que venera: quizá logre salvarse de la muerte. O quizás, aunque sea entonces, pueda darse cuenta de que es trabajo superfluo respetar a un muerto" (Ibid, p. 102).

Antígona -en la obra- después de haberse encontrado entre dos hermanos y de haber desafiado a la ley procurándole los honores debidos a su hermano Polinices, se encuentra ella misma en este estado de Entre-Dos-Muertes, muerta en vida, enterrada antes de tiempo, simbólicamente aniquilada. Lo que esta historia nos devela es precisamente el estado de Entre-Dos-Muertes.

Creonte, al ver el desafío de Antígona, le decreta un tormento todavía mayor: se le castiga a ser enterrada viva, es llevada al Hades, condenada a vivir entre los muertos cuando lo real de su cuerpo todavía no ha transitado por aquel estado donde se deja de respirar y el corazón se detiene. Por defender el derecho a la sepultura: es sepultada viva. Se le decreta la muerte con la palabra y al serle decretada la muerte, muere en lo simbólico aún estando viva en lo real, es decir, está muerta en vida, vive y sin embargo está muerta ya.

Antígona está muerta desde el momento en que Creonte decreta su muerte, una muerte a través de la palabra, una muerte simbólica, una muerte que anuncia su muerte en lo real. Ya está muerta y se encuentra en espera de su segunda muerte, esta vez en el campo de lo real, "Su suplicio consistirá en estar

encerrada, suspendida, en la zona entre la vida y la muerte. Sin estar aún muerta ya está tachada del mundo de los vivos" (Ibid, p. 336). La palabra actúa como un oráculo que anticipa la muerte, determina la muerte, la misma palabra que ha perseguido a la familia de Edipo. Es su desgracia, actuando la ley como una autoridad absoluta y máxima que dirige los destinos del hombre.

Y es precisamente este estado de Entre-Dos-Muertes originado a través de la palabra lo que nos permite el estudio de un estado subjetivo excepcional en el ser humano: Los sentenciados a pena de muerte. Análisis que parte del libro *Mexicanos en Death Row, Pabellón americano*, de Norberto Moreno, el cual ilustra la condición de los mexicanos que se encuentran en cárceles estadounidenses esperando la realización de su pena, así como también da una reseña de las condiciones para los condenados a muerte en diferentes prisiones, a través de testimonios de los internos y de reportajes hechos; entre ellos esta el de Caryl Chesman, el cual, escribió el texto "Celda 2455 (Autobiografía de un condenado)" y del cual transcribiré algunos pasajes:

"La celda 2455 está bien guardada y solidamente construida de cemento y acero; mide 1.35m. de ancho, 3.15m. de largo y 2.25m. de alto: está situada en el lado sur de la hilera de celdas de bloque norte de la Prisión del Estado de California, en San Quintín. Llegar hasta esta celda y entrar en ella premeditadamente y no por efectos del azar (*porque aquí no se deja nada al azar*) * se puede considerar una verdadera hazaña...

"...las dos formidables puertas se abren, una hacia dentro y la otra hacia fuera, por obra del que nos mira desde el interior y que resulta ser una especie de gnomo gordinflón con una amplia sonrisa, completamente inexpresiva. Ese gnomo sonriente es un empleado de confianza; fielmente, pero sin malicia para nadie, guarda esas puertecillas de los intrusos; es decir, es un Cancerbero incongruente y melifluo. Sin embargo, para hablar con propiedad, al gnomo no puede llamársele guardián, ya que nadie aspira a penetrar en la horrible estancia que hay arriba...

"...Una vez cerradas las puertas, el gnomo gira dos veces de la cuerda de una campana que oímos sonar arriba y que anuncia nuestra llegada. Sin necesidad de gran esfuerzo de nuestra excitada imaginación, el ascensor al que nos conduce se nos antoja una enorme garganta engullidora de hombres. Siempre con escolta, subimos en la jaula,

que maneja el gnomo, aproximadamente a cinco pisos y siguiendo hacia la izquierda salimos hacia un espacio angosto y enrejado...

"...Según un dicho muy gracioso de aquí, estamos ahora tan cerca del cielo como nunca podremos estar, y existe un hecho que parece confirmarlo; la única dirección en la que se puede ir es hacia abajo. Allá va el gnomo; la puerta del ascensor se cierra, y el gnomo y su jaula desaparecen...

"Una vez identificados visualmente por el sargento (ya que por el teléfono le habían anunciado nuestra llegada), estas puertas, que asemejan las de un panteón, se abren con rapidez y entramos. Detrás de nosotros es echado el cerrojo. A nuestra izquierda, desde una torrecilla, un guardia nos vigila atento. A la derecha, dominando con la vista toda esa parte del edificio, está la oficina del sargento, control y cerebro de la unidad. Al lado de la oficina hay una pequeña cocina y un vestuario...

"Así es como, materialmente, entramos en la celda 2455. Conseguir salir definitivamente y vivir fuera de ella para contarlo, una vez que ha sido uno alojado como huésped del Estado de California, constituye un problema infinitamente más difícil. Docenas y más docenas de complicadas puertas, cerrojos, cerraduras, barras, gnomos y guardias armados cierran el paso... la celda 2455 es una celda de condenados a muerte" (Moreno, 2002, p. 116).

Además de estas características encontramos que los sentenciados a muerte se encuentran sometidos a una rigurosa rutina, la cual confirma la frase



«Antígona» Frederic Leighton

* El remarcado es nuestro.



"aquí nada se deja al azar" dejando de esta forma al sujeto fuera del campo del deseo, el cual es impronunciable.

Es en este espacio, este corredor de la muerte, en esta celda en el que ocurre el estado de Entre-Dos-Muertes, y del cual la cueva de Antígona es una metáfora. El corredor de la muerte correspondería a esa cueva donde fue llevada Antígona por el decreto de Creonte. Esta cueva, este pasillo, o este corredor de la muerte, simbolizan muy bien el espacio intermedio entre los dos registros, el registro de lo simbólico y el registro de lo real. Los condenados a muerte desde el momento en que se les decreta esta sentencia se les anula del mundo de los vivos, condenados a morir estando vivos "la queja de Antígona comienza a partir del momento en que franquea la entrada de la zona entre la vida y la muerte" (Lacan, 1990, p. 335).

Así, en ese momento comienza la queja de estos sujetos, nada más que presentan una diferencia pues ellos se encuentran imposibilitados para encontrar la solución de Antígona, el de quitarse la vida, ya que todo está perfectamente cuidado para que no sean ellos sino el Estado el que les proporcione la segunda muerte.

Se trata de controlar a los condenados, no sometiéndolos a suplicios físicos, sino yendo más allá, asegurándose de dejarles en claro que no tienen escapatoria, que serán tragados por "una enorme garganta engullidora de hombres", en donde lo más difícil no es entrar sino salir, ya que docenas de puertas, cerrojos y guardianes les cierran el paso, recordándoles que ya son unos muertos a los que no les está permitido el contacto humano.

Esta situación de estar muerto en vida se refleja en la mención de el Cancerbero, como aquel ser subterráneo, animal de la mitología griega de nombre también Cerbero que cuida la entrada del Hades, Hesiodo lo describe como: "monstruo inefable Cerbero, perro del Hades y comedor de carne cruda, el de la voz de bronce, el de las cincuenta cabezas, impúdico y vigoroso..." (Hesiodo, 2004, p. 9).

"Y en el fondo están las moradas sonoras de dios subterráneo, del poderoso Hades y de la terrible Persefonia. Y guarda las puertas un perro feroz, espantoso y con malos instintos, a los que entran les hace halagos con la cola y con las dos orejas; pero no los deja ya salir, y lleno de vigilancia, devora a cuantos quieren trasponer de nuevo el umbral del poderoso Hades y de la terrible Persifonia..." (Ibid, p. 19).

El sujeto al hacer la analogía entre policía y Cancerbero se está situando a sí mismo en el inframundo, en el mundo de los muertos, el lugar donde las almas encuentran su última morada y del que jamás saldrán y de lo que precisamente se encargará el Cancerbero. Esta situación de posicionarse en un mundo más allá se confirma de nuevo en la frase "estas puertas asemejan a un panteón", haciendo de su morada una fosa o un féretro; pero a la vez podrían estar situados en el infierno, en el infierno de Dante en el que el Cancerbero se encuentra y cuida la entrada del tercer círculo, donde se encuentran los pecadores de la gula "garganta engullidora de hombres". Es curioso ya que en esta misma obra Dante, en la voz de Virgilio, se refiere ya a la segunda muerte "yo seré tu guía, y te sacaré de aquí, haciéndote pasar por un lugar eterno donde oirás desesperado griterío, y verás las almas que de antiguo están padeciendo, con qué ansia pide cada cual la segunda muerte -la del alma- (Alligieri, 1982, p. 7). Sitúa la posición de la segunda muerte en el infierno, donde su alma no tiene descanso y está siempre bajo la sentencia del castigo, castigo impuesto por la ley, por la ley de Dios, en la que es necesario que paguen su pecado cometido. Al igual que los condenados de muerte están encerrados en ese inframundo en el que están pagando su delito cometido, sentencia dictada por la ley, la ley humana. Es precisamente en esta cueva, en este corredor, en el inframundo, donde se comienza a



develar lo que surge en esta zona de Entre-Dos-Muertes, entre lo simbólico y lo real, que es el imaginario, y la frase "una enorme garganta engullidora de hombres" refleja el imaginario de ser reducido a alimento, al alimento de alguien más, este mismo pensamiento se puede reafirmar con el testimonio de otro condenado que aparece en el libro de Norberto: "A veces me pongo a pensar en los ranchos, que cuando hay una celebración grande y van a agarrar un marrano para matarlo, tres o cuatro días le dan comida para empanzarlo. Lo mismo me están haciendo a mí. Me quieren ofrecer comida para empanzarme, para matarme" (Ibid, p. 144). Hay una preocupación por no ser puesto en una condición de animal, aunque en el imaginario ya se posicionó de este lugar, como un animal que va a un matadero para ser comido en una celebración o en una ceremonia. Se puede ver como en este estado pareciera surgir una preocupación oral como parte de esta pulsión de muerte que tiende a estadios anteriores y cuyo fin último -dice Lacan- es posicionarse en el estado primordial, en el seno materno, donde la sepultura sirve de analogía al seno materno¹.

A través de otros testimonios encontramos que el sujeto que se encuentra en este estado, al estar tachado de lo simbólico y esperar su muerte en lo real se despierta a su vez un imaginario de reivindicación como si a través del castigo se purgaran sus culpas y quedarán "limpios de pecado" cuando en lo real su delito sigue estando presente, pero al ser su castigo tan grande existen el imaginario de una vinculación divina². La posición de condenado a muerte nos lleva también a otra paradoja, donde el victimario se vuelve la víctima, invirtiendo de esta forma los papeles y el estado se convierte en el homicida: "Los perdono a todos. Espero que Dios lo haga también" (Ibid, p. 130); el que era homicida en un primer momento ya está purgando su delito con la pena de muerte pero ahora el criminal es el Estado. Michael Foucault se refiere a esta paradoja al hablar del ceremonial de la pena.

Me gustaría finalizar esta reflexión con una carta que le envié Octavio Paz al entonces gobernador del estado de Texas George Bush, para pedir clemencia por uno de los condenados a muerte: «Quiero argumentar a favor de la clemencia, no de

la ley; una ofensa no se elimina con otra ofensa, una vida no se paga con otra vida: solicito a usted que dé tiempo para que estas mismas leyes que usted respeta, den tiempo para salvar una vida. Respetuosamente, Octavio Paz" (En, Ibid, p. 137).

Aquí, Octavio Paz apela a través de la palabra, al igual que Antígona, a una ley más allá de la ley de los hombres, a la ley divina, la única ley que otorga vida y por lo tanto la puede quitar, la ley divina trasciende a lo humano, va más allá de Creonte, más allá del amo.

Bibliografía

- Alligieri, D. (1982). *La divina comedia*. México: Editorial Cumbre.
 Hesiodo. (2004). *Teogonía*. México: Porrúa.
 Lacan, J. (1993). *La Familia*. España: Argonauta.
 Lacan, J. (1990). *La ética del psicoanálisis. Seminario 7*, Paidós, Buenos Aires.
 Moreno, N. (2002). *Mexicanos en death row, Pabellón Americano*. México: Edición de autor.
 Sófocles (2003). *Antígona*. Buenos Aires: GEA.

Fuentes alternas para profundizar el tema:

- Esquilo. (1999). *Siete contra Tebas*. España: Edicomunicaciones.
 Foucault, M. (1981). *Vigilar y Castigar*. México: Siglo XXI.



¹ Para profundizar este tema revisar: Lacan, J. (1993). *La familia*. España: Argonauta

² Esta posición de la vinculación divina del condenado a muerte y la de reivindicación imaginaria del delito que lo posiciona en una condición de mártir casi héroe, casi como el mismo Jesucristo que muere por nuestros pecados, se puede ver claramente en la película norteamericana "Pena de muerte" con Sean Penn.